

Pueblo de Zinacantan, Estado de Chiapas, México

Enero 2014

“ Era muy frio en esta mañana de Enero, a la mejor sentía más frio porque el viaje en camión desde Playa del Carmen hacia San Cristóbal fue muy largo, 20 horas. Llegue’ la noche antes de la boda, y en sinceridad vine un poco de prisa pero sabía bien que iba asistir a algo de importante. Nicoletta me había avisado de la posibilidad de poder presenciar a una boda Tzotzil, no lo pensé dos veces, encontré un espacio libre en mi agenda y me fui para San Cristóbal.

El reloj tocaba las 7 de la mañana en el Altiplano de Chiapas, una ligera nieblita azul rompía los duros rayos de luz que venían desde el primer sol salido de los picos de las montañas; el pueblo desierto y las chimeneas escupían un suave humo gris hacia un cielo terso y despejado, nadie parecía estar en las calles. Hemos quedado de vernos en frente a la iglesia, en el centro de Zinacantan para la llegada de los esposos. Una fuerte curiosidad nos hizo mover a saludar las familias que se estaban preparando al gran evento. Las casa, ya llenas desde temprana hora de parientes y amigos, olía a fiesta: los ancianos calentaban sus cuerpos con un desayuno a base de sopa de pollo y tortilla mientras que las mujeres aprendían fuegos y preparaban Mole. Antonia vestía un lindo Rebozo decorado con detalles floreales y una larga trenza caía en la espalda, los zapatos llevaban decoración que brillaban a la luz de la mañana. Una gran prisa se sentía en el aire, raro para esta gente acostumbrada a la tranquilidad de la montaña; la hermana más chica corría adentro y a fuera de la cocina interesada más al vestido que a otras cosas.

Los novios llegaron en auto. Todo el pueblo estaba esperándolos. Era un día especial, un día de recordar. Dos familias se estaban uniendo en matrimonio. En el aire la atmosfera cargada de espera. Los hombres vestían todos los signos distintivos de la etnia de pertenencia, bolsas de piel, penachos de listón morados, blancos y azules y el poncho distintivo de Zinacantan. Las mujeres, muy orgullosas de su feminidad, se calentaban adentro de rebozos bordados mano con diseños floreales; larga faldas pesadas caían hasta el piso. Las jóvenes vestían zapatos comprados en un catálogo o en una tienda en la ciudad. Los cabellos recogidos en peinados excesivos creaban una falta de armonía con el rostro indígenas. Las mujeres ancianas tenían pies nudosos atrapados en sandalias de plástico negros. Los zapatos eran la metáfora de dos generaciones: las abuelas y las nietas.

La iglesia de san Lorenzo dormía en una oscuridad rota solo de algunas filas de candelas encendidas, el templo era lleno de gente venida a atender los novios; arrodillados con reverencia los invitados aventaban sus misteriosas miradas, hacia divinidades católicas representadas en estatuas de madera adornadas de flores. Santos y candelas, incienso y lágrimas de sangre, dolor y arrepentimiento refrescaban la iglesia de San Lorenzo. La misa se celebró entre la música de una orquesta y el humo del incienso. Una oscuridad gótica silenciaba la multitud.

Salidos del templo luego de la fin de la función, los esposos caminaron hacia la plaza enfrente a la iglesia en un ordenado corteo. Los hombres ancianos se sentaron en una fila, uno cerca del otro, en un bajo muro que dividía la plaza, y a turno, uno después del otro, se daban bendiciones y oraciones. Una mano tocaba las cabezas en signo de respecto, y una frase pronunciada en Tzotzil venia susurrada en el oído. Luego fue el turno de las mujeres.

Era casi la hora de la comida y el corteo se movió' hacia la casa del novio, Martin. La recepción era organizada bajo un gazebo amarillo rectangular con diseñado el logotipo de la cerveza Superior. Bajo de la lona los ancianos continuaban el ritual de bendiciones mientras que los novios venían dirigidos a ofrecer su devoción y agradecimientos a la virgen de Guadalupe dentro una habitación hecha de blocks grises y decorada de flores con un altar al centro. Era una pequeña ceremonia, nada más para las familias. A tierra incensarios tradicionales Maya y estatuas con formas variadas de animales conducían la imaginación a la memoria de un ritual antiguo.

Eran las dos de la tarde cuando los hombres iniciaron a servir Cerveza y los platos con la comida. Sopa de pollo y mole. Eran mucho los curiosos del pueblos llegados a ser público del evento, muchos niños, los vecinos de casa o simple conocidos, habían armado un corral alrededor del gazebo. Parados en pie, casi inmóviles, miraban con una profundidad inexplicable, y llena de misterio, los bailes, los regalos, el pastel, la orquesta tocar.

En el viaje de regreso, en coche, sentía de haber vivido un día especial.

La etnia Tzotzil es muy celosa de la propia intimidad, en este día me habían entregado un paspartú para entrar en una pequeña porción de su mundo

Alessandro Banchelli

Se agradece Nicoletta Giuliadori

Marco Giacomozzi.